

cuyo reinado brillante debe escluirse de las tinieblas de la segunda edad con tanta mas razon, quanto mayor y mas singular es la disonancia que se advierte en él con los demás períodos de la misma edad. La brillantéz de este reinado se sostuvo, á lo menos en quanto á las ciencias eclesiásticas, en el de Ludovico Piõ, y aun mas en el de Cárlos el Calvo, el cual protegió constantemente á los sabios, y fue causa de que se emprendiesen y egecutasen con acierto las traducciones latinas de los padres griegos. Aun fue mas resplandeciente la luz en las islas Británicas durante el reinado del grande Alfredo. Pero convenzámosnos por la serie de los sucesos; pues ninguna cosa prueba mas en este género que las inducciones y la inspeccion de los objetos y de los monumentos que nos las han transmitido.

La iglesia de oriente, menos espuesta que la de occidente á los insultos y al tumulto de la barbarie, conservó mas tiempo las ciencias y las artes, amantes del sosiego. Dejando á un lado los conocimientos que tienen relacion con la fe, hemos hallado en el sexto concilio celebrado el año 680 contra los monotelítas, la profunda doctrina con que ciento treinta años antes se habian condenado los errores de Eutíques y de Dióscoro, y aun se notó un grado mayor de penetracion cual se requeria contra unos sèctarios mas sutiles, que por medio de algunas nuevas modificaciones lograban todavía introducir unas máximas tan solemnemente anatematizadas, y hacer creer que eran la doctrina mas pura de la Iglesia. Pero el velo de la superchería fue rasgado antes por dos doctores, cuyo ministerio no fue menos divino, ni se cumplió menos fielmente que el de los padres suscitados contra los primeros heresiarcas.

Todos los artificios de Ciro y Sergio, que bastaron para sor-

prender á la Cabeza de la Iglesia, no fueron capaces de engañar á San Sofronio de Jerusalem, el cual resistió fuertemente á aquellos soberbios patriarcas de Alejandría y Constantinopla: descubrió al Papa Honorio, aunque sin ningun utilidad, los lazos que le armaban bajo la apariencia del mayor bien, y preservó á los pastores y á los pueblos con instrucciones dignas de los elogios y de la resolucion de un concilio ecuménico. Ya hemos visto al santo abad Máximo distinguirse con mayor brillantéz por sus cualidades superiores, y hacer admirar la fuerza de su ingenio igualmente que el heroismo de su constancia. Pobre de Jesucristo, y destituido de todas las ventajas del siglo, de las cuales habia hecho un sacrificio religioso, confundiendo el orgullo de un partidario insigne, del pastor presuntuoso de la ciudad imperial, desvaneció al momento todas las sutilezas de su vana dialéctica, le redujo en una conferencia pública á la retractacion mas formal y mas egemplar, y le persuadió que fuese á Roma á reparar el escándalo de su temeridad con una humilde sumision á la Cabeza de la Iglesia. No hizo mayor impresion en Máximo el poder de los Soberanos de la tierra que el lustre exterior de la gerarquía. Murió este santo abad de resultas de los bárbaros tratamientos de sus perseguidores, pues le arrancaron la lengua que tan poderosamente habia defendido la verdad, le cortaron la mano, que la habia consignado en sus escritos inmortales, y acabaron con él en un destierro, privándole de los alivios que se le habian hecho indispensablemente necesarios; pero sus perseguidores anunciaron su propia ruina al tiempo de proscribirle, y conciliaron tanta mayor autoridad á sus obras quanto mas se empeñaron en aniquilarlas.

En los siglos cuarto y quinto, en la época mas floreciente



dad que es capaz de inspirar el espíritu de secta contra la Iglesia y los escritores eclesiásticos. Su grande instruccion en las ciencias y en la literatura, y el interés de la reforma herética fueron causa de que le tomasen por guia todos los de su partido, y aquella turba de ortodoxos que repitieron inconsideradamente sus censuras malignas. El arte de la crítica que no nació hasta el siglo siguiente, y el buen gusto en las obras de ingenio, que fue restaurado por ella, como tambien el estilo, la precision, la claridad, el órden y el método, ignorados por espacio de tantos años, hicieron que se mirase sin escepcion alguna á todos los autores de la edad media como á unos ignorantes, y poco menos que fátuos, los que quedaron proscriptos sin que hubiese nadie que se dignase de abrir sus volúmenes.

No disputaremos sobre los defectos que les echaron en cara estos gramáticos y literatos quisquillosos; pero pretendemos que semejante ignorancia no causó ningun perjuicio, ó á lo menos ningun daño esencial á la ciencia de la Religion. En efecto, ¿á qué se estendió esta ignorancia en las pinturas que acabamos de presentar con la ingenuidad mas imparcial? Con corta diferencia la hemos visto reducida á la falta de crítica, de elocuencia y de método. Y por lo que toca á la crítica ¿no podríamos preguntar si este arte, segun el uso que han hecho de él sus panegiristas estremados, ha sido mas perjudicial que ventajoso á la ciencia de la salvacion, considerando la especie del pirronismo en que ha venido á degenerar? El poco uso que hicieron los padres y los santos doctores de este modo de proceder á lo moderno, ¿debilitó por ventura las obras dogmáticas de San Agustin ó las patéticas homilias de San Juan Crisóstomo? ¿Eran acaso mas necesarias estas sutiles discusiones á las naciones gó-

ticas, tudescas y esclavonas que á los griegos y romanos? Trábase de que aquellos pueblos bárbaros abandonasen las prácticas monstruosas del paganismo brutal y estúpido; de acostumbrarlos despues á las obligaciones del cristianismo, de la sociedad y de la humanidad que eran casi totalmente nuevas para ellos; de defenderse y de preservarlos á ellos mismos de los ímpetus y extravagancias de su increíble inestabilidad. Para estas funciones indispensables y tan urgentes ¿de qué hubiera servido el prolijo exámen de las señales, no pocas veces equívocas, con que se pretende discernir los escritos auténticos de los monumentos supuestos? ¿Dónde estaba el peligro que podia resultar de esta falta de discernimiento? Se publicaban de buena fe, y se creían con sencillez algunos milagros, algunas acciones virtuosas, no comprobadas suficientemente, y poco dignas, si se quiere de la magestad del culto cristiano, entendido segun nuestras costumbres. Pero entonces causaban una edificacion general estas maravillas, ya fuesen reales ó imaginarias, y estos modelos de cualquier naturaleza que fuesen, tenian una multitud de sinceros imitadores. La crítica tiene su utilidad en nuestros dias, en estos dias de presuncion y de refinamiento, pero en la infancia de los pueblos que ocupan el lugar de los de Roma y Atenas, hubiera sido un arte estéril y casi nulo. Confesemos no obstante que este género de ignorancia dió autoridad á las leyes apócrifas y alguna vez peligrosas, y que produjo ó acreditó algunas supersticiones. Pero si la simplicidad tiene sus excesos y sus peligros, ¿son por ventura menos funestos los de ese espíritu de observacion y de discusion que todo lo hace problemático? ¿Hay menos peligro en hacer incrédulos que en fomentar la credulidad de los hombres sencillos?



¿Hubiera sido mas útil que la crítica la elegancia y la delicadeza de la elocucion en aquella mezcla y confusion de pueblos groseros, que ni tenian todavía forma propia ni language constante? En cuanto al orden del discurso, á la claridad y á la precision, sin duda son estas unas cualidades útiles para tratar con todo ser racional. ¿Pero son de una necesidad absoluta y universal? ¿No habrá podido substituírselas alguna otra cosa, á lo menos con respecto á la clase de oyentes de quienes se trata? La proligidad, las repeticiones, el énfasis, y la ostentacion y hacinamiento de lugares comunes, si es que para ellos eran nociones comunes y triviales: este método, que en sí mismo es el mas imperfecto, ¿no era quizá el mas acomodado á la torpeza de su comprension? ¿No era mas á propósito que todas las gracias, y la precision del aticismo para inspirarles las verdades de la salvacion, y para grabarlas en su alma con los caracteres mas profundos y durables que fuese posible? No se instruye á los niños ó á la gente del campo del mismo modo que á los habitantes instruidos de las ciudades; y la diferencia de los tiempos no influye menos que la de los lugares en la capacidad de los hombres.

Se nos dirá tal vez que la ignorancia de la segunda edad alcanzaba á los maestros igualmente que á los discípulos; que todas las semillas del genio se hallaban sufocadas con aquellas densas tinieblas, ó que entonces no habia ingenio ni espíritu de invencion. A estos cargos por mas que los admitamos, podríamos responder que los hombres son los mismos con corta diferencia en todos tiempos, y que los talentos dependen sobre todo del cultivo y de las circunstancias mas ó menos felices para que salgan de su primitiva obscuridad. Pero sin entrar en un género

de discusion, en que puede sostenerse la afirmativa y la negativa de un modo casi igualmente plausible, abandonemos lo que nada nos importa defender. Suponiendo que ni en el siglo décimo ni en los inmediatos á él hubo ingenio ni espíritu de invencion, ¿qué podrá inferirse de aquí? Por esto ¿se habrá obscurecido mas la ciencia de la Religion, que es de la que se trata únicamente? ¿Son obra del entendimiento humano el Evangelio enviado del cielo, las reglas de la fe divina, y las máximas celestiales que deben guiarnos por el camino de la salvacion? De estos tesoros de sabiduría estuvieron abundantemente provistos los doctores y pastores de los tiempos mas estériles en los demás géneros de conocimientos; de cuya verdad hemos podido convencerros por la simple noticia que se ha dado de sus escritos, y mucho mas por las reglas prácticas que nos han ofrecido ellos mismos en su conducta.

Si tenian poco ingenio ó invencion, seguian con el mayor esmero la doctrina de los santos padres y de los escritores eclesiásticos. No producian, sino que compilaban, reunian los fragmentos dispersos de la tradicion, y se limitaban (sea así en buen hora) á extractar y á copiar. ¡Felices disposiciones, visiblemente dadas por el que es único en disponer del espíritu del hombre, puesto que á ellas debemos los preciosos monumentos que se han conservado en los monasterios y en las demás escuelas cristianas! He aquí otra ventaja, que lleva aun mas visiblemente en sí misma el sello de la mano santa y sabia que sabe sacar bien del mal: este ingenio limitado de la edad media halló en sus mismos límites un preservativo contra la manía de innovar y de dogmatizar. De aquí es, que por efecto de una providencia tanto mas admirable, quanto mas oculta estuvo ha-



de la Iglesia, hubiera parecido que Máximo procedía por inspiración divina, al ver el modo sublime con que espuso todas las profundidades del misterio de la Encarnación, y especialmente las dos voluntades del Verbo humanado. Trató del dogma incomprendible de la Trinidad con la misma fuerza y con tanto acierto que mereció esta obra ser atribuida al grande Atanasio; ni se le ocultó la procesion del Espíritu Santo, cosa tan difícil de entender para otros muchos sabios de su nación (1). Aquel genio profundo y universal concibió la relación esencial de este punto delicado de creencia con la unión é inseparabilidad de substancia entre las Personas divinas. No se hizo menos célebre por el conocimiento de la moral; y en la ciencia de la vida interior, en la que unió con tanta edificación la experiencia á la teórica, merece ser comparado con San Juan Clímaco, que fue casi contemporáneo suyo, y cuya ilustración podría reivindicar el siglo séptimo si tuviese necesidad de esto.

¿Pero cuántas otras personas ilustres hubo, cuya enumeración no permiten los estrechos límites de este discurso? Hasta en las abrasadas arenas de la Libia, y en aquel género de nociones que padecieron despues el mas tenebroso eclipse, hemos visto que se inmortalizó el obispo Cresconio con la colección de cánones que forma la basa de la que han hecho modernamente Justel y Voel, y es el principal origen de la estimación que por ella han adquirido. En España, antes de la invasión de los moros, hemos visto que se distinguieron entre otros muchos sabios San Isidoro, y el arzobispo de Toledo San Ildefonso: Isidoro con una erudición que abrazó casi todas las artes y ciencias, por la cual alcanzó cuanto hay que saber en la disciplina eclesiástica,

(1) Tom. 2. pag. 10.

y se hizo tan célebre especialmente en la ciencia de los divinos oficios, que toda la Hesperia se glorió de recibir de él la liturgia mozárabe; é Ildefonso con la unión que acertó á establecer entre las bellas letras, la poesía y la teología sublime, cuyas profundidades puso á la vista explicando las maravillas de la virginidad de María, y de las propiedades de las divinas Personas.

Las Galias, tan diferentes de lo que eran antes, desde el punto en que fueron sojuzgadas por los conquistadores germánicos, y aun mas desfiguradas por sus conexiones y frecuente trato con aquellas naciones bárbaras, no dejaron de presentar algunos vestigios preciosos de la ciencia, y aun de la elocuencia de sus primeros doctores, como se ha podido ver por los fragmentos que hemos insertado de las homilias de San Eloy, sin embargo de que este Santo habia empleado los mejores años de su vida en ejercicios muy diferentes. En medio de su sencillez, ¿cuántos pasages ingeniosos hemos encontrado en ellas, y cuántos rasgos de elocuencia, de aquella elocuencia animada, natural y persuasiva que era la mas acomodada al carácter y al gusto de la nación á quien se dirigian, y cuyas verdaderas disposiciones conoció muy en breve San Eloy? ¿Cuántos rasgos patéticos, figuras, novedad en el modo de presentar las cosas, imágenes terribles de las grandes verdades de la Religión, del pecador en el artículo de la muerte, del alma acusada por sus propias obras en el tribunal del Juez Supremo, &c. &c.? Pero lo que nos interesa mucho mas, despues de haber oido las insípidas é infundadas chocarrerías de los hereges del norte, es la solidéz de estas instrucciones, la pureza de su moral, la sublimidad de la perfección que inspiran, y la nobleza de los medios que sugieren para servir dignamente al Señor en espíritu y verdad.



Lejos de limitarse, según las ironías calumniosas de estos insultantes sectarios, á la exaltacion de las indulgencias, del pago de los diezmos, y de las donaciones en favor del clero, no cesa el santo orador de inspirar el verdadero espíritu del cristianismo, el desprecio de las cosas terrenas, el amor de Dios sobre todas las cosas, la concordia y fraternidad entre todos los hombres, el horror del pecado, el temor de los juicios eternos, el ejercicio de todas las virtudes, y la mortificacion de todas las pasiones.

Ni nos hemos propuesto, ni nos seria posible ofrecer en este discurso la pintura de todos los hombres instruidos que ilustraron la época de que vamos hablando. Reduciéndonos á los que se distinguieron entre sus contemporáneos, y que merecieron por muchos títulos la estimacion de todos los tiempos posteriores ¿qué no podríamos decir, en el siglo octavo, del venerable Beda, de San Juan Damasceno, azote de los iconoclastas, y de los juiciosos historiadores Fredegario y Pablo diácono de Aquilea? ¿En el undécimo, de la erudicion del abad Alcuino, y á pesar de todos los defectos de su estilo, de su ingenio capaz de dirigir el de Carlo-Magno en la restauracion de las letras? ¿De las sanas instrucciones de Teodulfo de Orleans á su clero? ¿De los escritos sólidos y aun limados de Agobardo y de Amolon, arzobispo de Leon, contra los errores y supersticiones de su tiempo? ¿Del tratado de Jonás de Orleans contra Claudio de Turin? ¿Del discernimiento y crítica de Adon de Viena, y de Usuardo en sus martirologios? ¿De las obras de Ratramno de Orbais, de Rabano de Maguncia, y de Pascasio Ratberto: monumentos tanto mas desacreditados por los profanadores heréticos de nuestros santos misterios, cuanto mas victoriosamente confunden en

ellos á sus novedades sacrílegas? ¿Hablaré de Hincmaro de Rems, capaz por sí solo de ilustrar los tiempos en que vivió, cualesquiera que fuesen ellos, ó cualquiera que sea el concepto en que se les tenga? ¿Podrá creerse que nació en los tiempos de ignorancia, ó que los tiempos en que nació y floreció merecen todavía esta calificacion infame? No solo fue el hombre de su siglo, y quizá de todos los siglos, el mas versado en el conocimiento de los cánones, y el mas adicto por principios á las reglas sagradas de la disciplina antigua, sino que supo tambien descubrir los artificios de los novadores mas sutiles é ingeniosos, derramó torrentes de luz en los concilios, disipó en ellos sin ninguna preparacion con la fuerza de sus discursos y con la superioridad de su talento las preocupaciones mas inveteradas, y esto á pesar de los continuos obstáculos que se originaban de su genio altivo y carácter chocante; redujo y sujetó á la razon y verdad á los prelados que mas distantes estaban de ellas por sus opiniones erróneas, por su mal entendida compasion, y por sus conexiones é intereses personales.

En el siglo décimo y en los principios del undécimo, esto es, en las mas profundas tinieblas de la edad de ignorancia (porque no tenemos inconveniente en usar de esta espresion tan bien esplicada por los hechos) en esta época que seguramente es la mas maltratada por los escritores de todos los partidos ¿cuánta instruccion, y cuántos talentos hemos hallado recomendables para todos aquellos que han querido juzgar con conocimiento de causa? Entre la multitud de hombres inaccesibles á la incuria y á los desórdenes de su tiempo, hemos visto que se distinguió Flodoardo en el género histórico por su juicio y por su exactitud; y Luitprando por el interés de las anécdotas, por la es-



plicacion de los resortes mas imperceptibles de la política y de la fortuna, y por la sal, quizá prodigada, de la ironía y de la censura. Podríamos añadir á Simeon Metafraste, por lo que toca al arte inimitable de los griegos en la narracion, si no hubiese abusado de su talento y de sus conocimientos, sacrificando la verdad de la historia al amor de lo brillante y maravilloso. Pero tenemos en la misma nacion y en el mismo siglo al Emperador Leon VI ó el Filósofo, digno de eterno aprecio por sus discursos elocuentes, y por su tratado de táctica. En cuanto á la esplicacion del dogma y de la disciplina, ¿quién habrá dejado de admirar á Atton de Vercelli, á Abbon de Fleuri, á Fulberto de Chartres, á Burcardo de Worms, á Udalrico de Augsburgo, en particular sobre el celibato de los clérigos, y á Lanfranco de Cantorberi en la delicadeza de su dialéctica, y en la fuerza de sus discursos contra Berengario, de quien triunfó del modo mas completo? Y para concluir en dos palabras, ¿no hemos visto reunidos en el incomparable primado de Inglaterra San Dunstano, y en el Rey Edgardo que se gobernó siempre por sus consejos, todos los conocimientos, todos los talentos y todas las cualidades necesarias á la pureza y á la gloria de la Religion?

No hablaremos de la poesía en una edad que en efecto era demasiado tumultuosa para el dulce sosiego que necesitan las musas. Sin embargo, en los himnos *Salve Regina*, y *Alma Redemptoris*, atribuidos á Herman, ó Hermano de Richenon; en el *Veni Creator*, y en los demás del piadoso Rey Roberto, tenemos unos monumentos, poco elegantes á la verdad, pero preferidos de siete siglos á esta parte, por razon de los religiosos sentimientos que respiran, á las producciones mas bien trabajadas de la elegancia moderna. ¿Hablaré de aquella profundi-

dad de cálculo, y de aquellos prestigios matemáticos, por los que fue acusado de magia Gerberto de Rems, ó Silvestre II Papa? Fue tan grande su habilidad en estas ciencias sublimes que se le atribuyó la introduccion de los números árabigos en Francia, y por consiguiente los progresos que hizo por este método el arte de contar y de medir. En el mismo tiempo, estos, en las mas densas tinieblas del siglo décimo inventó Guido de Arezo aquella maravilla del arte que en el discurso de algunos meses proporciona una instruccion infinitamente mayor en la ciencia de la música que todas las especulaciones antiguas y modernas acerca de los principios de la armonía. Pero volvamos á nuestro objeto. En vista de tantas pruebas, muchas de las cuales convencen aun mas de lo que habíamos propuesto, y que se fundan todas ellas en los hechos que han podido examinarse despacio en el discurso de esta historia, ¿no estamos autorizados para inferir que la ignorancia de la segunda edad de la Iglesia no fue tan grande como han vociferado los hereges los últimos siglos, y lo han creído ciegamente muchos ortodoxos alucinados, dejándose llevar de una autoridad tan sospechosa? Añadamos ahora que esta supuesta ignorancia no fue tan perniciosa como han querido figurarse algunos.

Lorenzo Valla, que aunque italiano y honrado con la proteccion de los Papas, parece que fue el primero que abrió el camino á las temerarias críticas de los escritores protestantes, redujo casi todo el mérito del ingenio al de la elegancia y de la pura latinidad, á cuya renovacion contribuyó en efecto mas que otro alguno, despues del trastorno que habian causado los godos en el gusto é inclinaciones de la antigua Roma. Gerardo Vossio hizo mas general esta censura, procediendo con toda la maligni-